

no tienen, como son viejos,
para oponerse a los pasos
de mi Capitán, arrestos,
mandé que abrieran camino
por el mar, a un Mundo Nuevo.

GONZALO

¡Lo sé!

ISABEL

(*Con un gesto.*)

Y estos trigos son
el pan con que le alimento;
y os le hago digno de vos;
y grande y libre le quiero,
de suerte que, vuestra espada
no tenga que hacer en ello,
sino vuestro corazón
le lleve el calor del nuestro;
que antes de morir, Gonzalo,
quisiera dejar ejemplo
de este modo de hacer mundos
por la siembra y los consejos...
Daos prisa, y ya que llegáis,
queriéndolo Dios, a tiempo,

del metal de vuestra espada
yo haré que enmolden, fundiéndolo,
los caracteres con que
grabar este testamento...

GONZALO

(*Inclinándose.*)

¡Señora Reina!...

ISABEL

¡Y cumplidlo! —

Si vos no alcanzáis, que vuestros
hijos lo cumplan; si no,
los nietos de vuestros nietos.

GONZALO

¡Por los nietos de los míos,
mi sola palabra empeño!
Y aun, si un día hallare el Trono
que no aprovecha el esfuerzo
de mi brazo, en las batallas,
de mí para vos, prometo
que encarnando en cuerpo y alma
de la Reina los deseos,
sembrando y aconsejando,
¡seré, en Córdoba, labriego!

ISABEL

¡Dios que os oiga!

(Haciendo transición y sonriendo.)

— Ahora seguidme,

Capitán, que, aparte de esto, cabalmente os trajo Dios a Castilla en un momento que haciéndome falta estabais; hoy salimos al encuentro del Almirante; hoy regresa de su camino tercero y hoy quiero que, entre él y vos viendo a sus Reyes el pueblo, vea que están por el trono las dos columnas del reino. Seguidme...

(Y empieza a salir por el fondo; pero el Capitán permanece en su sitio, replicando.)

GONZALO

¿Vos me mandáis que os siga, cuando no puedo seguiros?

ISABEL

¿Por qué razón?

GONZALO

¿Pues ya no os lo he dicho? Enfermo quedo en mi casa de Nápoles, donde velándome tengo mi hija Elvira, vuestra esclava, que hace mis veces, fingiendo; no estoy en Castilla; nadie puede verme en vuestros Reinos sino en sospecha y es harto; que Italia peligra en esto.

ISABEL

¿Pues cómo empleáis dobleces?...

GONZALO

(Interrumpiéndola.)

¿Pues cómo, en ningún empleo, si es para serviros, pudo vacilar nunca mi pecho?

Tan sólo así — y aun por ser
tal mi Elvira, pude hacerlo —
no os perdí un trono, al salir
de Nápoles encubierto.

ISABEL

¿Por qué vinisteis, entonces?

GONZALO

Porque el día en que mi acero
me sirva primero a mí
que a vuestras órdenes, pienso
que salte el sol de su engarce.

ISABEL

*(Con tanto ceño como
asombro y estupor.)*

¿Mis órdenes?

GONZALO

Que trajeron
vuestras letras.

ISABEL

¿Letras más?

GONZALO

Llamándome al lado vuestro.

ISABEL

¡No os he llamado jamás!

GONZALO

¿No os engaáis?

ISABEL

¿Sabré de ello,
capitán?

GONZALO

¿Sabrán mis ojos,
aún si es ficción, lo que vieron?

ISABEL

¡No os he llamado jamás,
Capitán; y os cumple y quiero

que vos lo creáis; no os sufro
contradicciones en esto!

GONZALO

Será como vos decís . . .
Debí, en Nápoles, preverlo
cuando ví que en vuestras letras,
haciéndome tanto apremio
para obligarme a partir,
eran piadosos los verbos
que en vos siempre oí crueles;
¡si todavía recuerdo
vuestras palabras, señora:
«venid a España, hablaremos
de igual a igual» . . .

ISABEL

¡Mentís!

GONZALO

¡Cielos,
quitadme la vida! . . . ¡Reinal
¿Yo, mentir? . . . — Sí; miento, miento.
Porque, aunque tuve en mis manos
la carta y aunque la vieron
los ojos de doña Elvira,

que tan purísimo espejo
donde trazar imposturas
jamás las sombras tuvieron,
y aunque en mi memoria están
palabras, giros, conceptos,
todo tan conforme a vos
que ver el papel fué veros,
vos me decís que no ha sido;
yo que sí; luego, yo miento.
¡No me llamásteis jamás!
Pero esta es Castilla y puesto
que estoy en ella, es forzoso
que algo me traiga a estos reinos;
¡será una justicia! ¡y tiemblen
los que mediaron en ello
de mi primera mentira;
porque dos veces, no mientol

*(Avanza hacia el fondo, re-
suelto de actitud.)*

ISABEL

¿Qué intentáis?

REY

*(Llegando por el fondo y
atajando el paso al Capitán.)*

Nada ya.

ISABEL

(Al Rey.)

Rey: vos tan sólo
podéis traer la luz a estas finieblas.

REY

¿Qué es ello?

ISABEL

El capitán desertó el sitio
que poniendo en sus manos nuestra enseña
marcámosle en Granada; a esto le mueven
mis órdenes, pasadas a unas letras
que yo jamás pude escribir y él tiene.
Yo soy Castilla: y cuando todo fuera
mentira el mundo, el aire, el sol, los astros;
no mi alma, al fin de Dios, ¡la más terrena
trabazón de mi ser, mi arcilla en huesos,
no queriendo mentir, se deshiciera!
Pero él, es él; Gran Capitán de Italia,
hidalgo y español: ¿queréis que mienta?
¿pues, de quién la impostura? Respondedme:
¿quién fué el villano? ¿lo sabéis?

REY

Yo, Reina. —

ISABEL

¿Vos? . . . ¡y sois Rey, Señor!

REY

¡Y para serlo,
no hay dique en lo mortal que me contenga!

(A Gonzalo.)

— Al recibiros hoy, me congratulo
de honrar como me cumple vuestra diestra;
os guardo el Maestrazgo de Santiago,
que siempre tuve por real presea;
vos ya hicisteis lo más en nuestra Italia,
para lo menos bastará cualquiera:
¿qué otro botín, pasado el Garellano,
si no es el trono, en aquél reino os queda?
— Y el trono dejaréis que yo en persona,
precisamente por ser Rey, lo quiera.

GONZALO

Tarde es, Señor, para que yo ni nadie
pueda quitaros lo que es vuestro. En estas

manos he recibido el homenaje:
ya sois el Rey de Nápoles, Alteza.
Si entendéis que lo menos en Italia
es arrancar el cetro a vuestra diestra,
decís verdad, Señor; para lo menos
no aprovechara yo; vaya cualquiera.
Pero si recelábais que mis manos
codiciasen lo que era
de mis Reyes, ¿qué boca de impostura
tan ruin vasallo me pintó en mi ausencia?

ISABEL

¡Pedro Navarro, a quien hicisteis Conde!

GONZALO

Tal vez así me paga: es su moneda;
si está en Castilla, holgárame de oírle.

REY

Os le retuve yo porque le oyeráis,
Gran Capitán.

*(Abre la lateral izquierda
y grita.)*

¡A mí, Pedro Navarro!

*(Y cuando el zapador apa-
rece, con un gesto simple,
concluye.)*

— Gonzalo Hernández os reclama.

NAVARRO

(Inclinándose, a los reyes.)

¡Altezas!

(Al Capitán.)

— ¿Vos en Castilla?

REY

El fingimiento es necio,
Pedro Navarro: la razón primera
de estar él en Castilla, ambos la urdimos,
y el instante llegó de mantenerla.
Las bóvedas de piedra de este Alcázar
busqué de intento, como son de piedra,
para que oculta en ellas, a la Historia
no llegara el rumor de esta contienda;
por una vez, los corazones hablen,
que hasta el mío, Señora, aunque es de tierra,
quebrantó la inquietud y hora tras hora,
temblando estaba de llegar a esta...
— ¿Sosteníais, Navarro?...

ISABEL

¡Hablad, Navarro!

NAVARRO

¡Yo sólo dije!...

REY

¡Has dicho todo!

NAVARRO

¡Sea,
Fernando de Aragón!... — Dije que sólo
llamándole su Reina,
regresaría el Capitán de Italia;
vos sabréis cuyas eran
las letras que pusisteis en mis manos;
si de la Reina, él está aquí, y lo prueba.

ISABEL

*(Anteponiéndose a todos;
avanzando un paso.)*

¿Y a esto llaman hablar los corazones,
Pedro Navarro?

(Al Rey.)

¿y me traéis a estas
sordas gargantas de granito y sombra
donde ni el aire ni la luz penetran,
para enjuiciarme, Rey?

NAVARRO

¡No a vos!

ISABEL

(Revolviéndose.)

¿Qué silbas,
impostor? ¡Sólo yo, sobre la tierra,
pude llevar quebranto
al corazón del Rey! Cuando él confiesa
que temblando esperaba este momento,
de las regias sospechas
podemos ser tan sólo, yo, la causa;
tú, la ocasión, Pedro Navarro: ¡tiembala!
¿Por qué no me acusabas en las plazas
de Castilla, de sol, de gente llenas
y un matorral de acero en sus espadas
te darían mis hijos por respuesta?...
¡No importa! reo y estos muros cárcel,
donde Castilla no, Dios me sostenga:

(Al Rey.)

aún fengo, en vos, la sombra de sus jueces
y en vos, Gonzalo, toda su nobleza.
¿Ya no hablaste, Navarro? Si es cobarde
tu alma, todo lo haré porque no tema;
yo en desgracia, tú en auge, casi vamos
de igual a igual: te escucha, no la Reina;
Isabel Trastamara: habla y acusa.

*(Un silencio en que Navarra,
temblando, humillado,
sin palabras, no se atreve ni
a levantar los ojos a la inac-
cesible majestad de la Reina.)*

NAVARRO

Reina . . .

REY

*(Que un momento goza en
la confusión de Navarro, son-
riendo desdeñoso y terrible,
le aparta luego de la Reina,
diciendo.)*

¡Basta, Navarro!

ISABEL

¡No! . . . ¿Qué flecha
se defiende en el aire?

REY

Una, Señora,
y en su silencio bien lo véis: la flecha
que escupe la impostura
y no vuelve a la tierra
porque iba a un astro y en su hogar se funde. —

NAVARRO

*(Debatiéndose y defendién-
dose.)*

¿Cuándo mi mano señaló a la Reina?

REY

*(Cada vez con mayor re-
solución en el tono.)*

¿Cuándo el brazo del Rey no la tronchara
si a tanto se atreviera?

NAVARRO

Yo pude hablar, Señor . . .